

# Historias de nunca acabar

Antología del nuevo  
cuento costarricense

Guillermo Barquero  
Juan Murillo



CUENTO



Editorial  
Costa Rica

Guillermo Barquero  
Juan Murillo

# Historias de nunca acabar

*Antología del nuevo cuento costarricense*



**Editorial  
Costa Rica**

# Presentación

La efervescencia del período que nos toca vivir en la literatura costarricense es más que palpable: se publica, se debate, se hace uso de las tecnologías que permiten la inmediatez de comentarios en páginas virtuales dedicadas al tema literario -blogs, páginas de autor, periodismo cultural en la red informática. Con todo, se lee poco y, como asunto fundamental, se *conoce* poco del quehacer literario nacional, de sus creadores contemporáneos, de sus nuevas tendencias (si las hay). Los libros son gritos que se sueltan a un vacío público, en espera de oídos a los que lleguen esas vibraciones que generarán respuestas en ese que escucha; ¿qué son las antologías literarias? Reuniones de muchas gargantas que se unen en un grito más fuerte y sostenido que busca ser percibido clara y ordenadamente, marcas -arbitrarias, injustas, limitadas a veces- que dan cuenta de lo que se escribe en un periodo histórico, o bien registran una temática que ha sido abordada por diversos artistas, cada uno haciendo uso de sus armas narrativas o líricas: antologías del tema del amor, del tema policial, del abandono, la emigración, y tantos puntos de vista como antólogos haya dispuestos a sondear en los terrenos de la obra publicada por seres que muchas veces no se conocerán más que en las páginas de estos libros-reuniones.

¿Qué es, pues, habiendo dado estas fugaces definiciones, *Historias de nunca acabar*? Es un encuentro de nuevos autores de cuento costarricenses, un grito colectivo que presenta los actos de creación de 15 escritores que, aunque no constituyan la totalidad de quienes ven sus obras publicadas en el mundo editorial costarricense contemporáneo, son una muestra de lo que se escribe en estos tiempos y en esta latitud.

En *Historias de nunca acabar* encontramos a Heriberto Rodríguez, ganador de varias versiones de los premios de la Editorial Costa Rica; a Alí Víquez, avezado escritor con una sólida carrera como narrador; a David Eduarte, joven valor cuyos cuentos alcanzan altas cuotas de expresividad y dan mucho material para el pensamiento profundo, mediante el esperpento y lo kafkiano; a Luis Chaves, conocido y respetado por su papel de poeta, autor de una exquisita novela o *Road poem*, como él la llamó; a Mauricio Ventanas, autor de varios volúmenes de cuentos nacidos desde la observación aguda de la realidad que él transforma en imágenes lúdicas, con un desparpajo bien encauzado; a Manuel Marín, autor de varios libros de cuento que exploran la subjetividad y muestras la fragmentación de la realidad y que para ello utiliza un lenguaje selecto y preciso. Y así podemos seguir, hasta toparnos con Catalina Murillo y Jéssica Clark, dos sorprendentes escritoras, autora de culto la primera, novelista en ciernes de ciencia ficción la segunda, ambas autoras imprescindibles en el campo narrativo actual, en Costa Rica. La gama de propuestas es amplia y los abordajes son múltiples, lo que muestra que no solo las antologías son arbitrarias e incompletas: la realidad contemporánea es también constante ruptura, fragmentación y arbitrariedad, y estos cuentos no son más que el reflejo de las búsquedas que no están supeditadas a grupos o círculos (como ocurre en la poesía), sino a 15 particulares cosmovisiones y procesos creativos.

*Historias de nunca acabar* pretendió originalmente ser un muestreo de todos los autores costarricenses menores de 40 años que tuviesen algún título de narrativa publicado, específicamente en los géneros fictivos de novela o relato. Pronto nos dimos cuenta de que ese criterio cercenaba en dos a la generación de fin de siglo, que comprende autores nacidos entre 1965 y 1975 y que empezaron a publicar en los últimos 10 años del siglo pasado, dejando por fuera a algunos de sus más importantes exponentes. Esto nos llevó

a desistir de la limitación de los 40 años de edad y ampliamos el criterio para incluir a todos los autores nacidos entre 1965 y 1985, que es la fecha de nacimiento del último autor de narrativa publicado a la fecha de la selección.

Ese nuevo criterio cubría la obra de las dos generaciones que quedan a horcajadas sobre el cambio de milenio. La primera, la *generación de fin de siglo*, incluye todos los autores nacidos entre 1965 y 1975,<sup>[1]</sup> la segunda, la *generación del milenio*, incluye a los autores nacidos después de 1975,<sup>[2]</sup> lo que nos daba un total de veinticinco autores. Entre estas y la generación que las precede hay un claro deslinde temático. En la generación de los sesenta o *generación del desencanto*,<sup>[3]</sup> como fue denominada en la periodización propuesta por Alvaro Quesada,<sup>[4]</sup> predomina una preocupación por la denuncia, la crítica social y las reivindicaciones de las minorías étnicas y sexuales visible en obras que rondan el desencanto originado en el fracaso de los proyectos revolucionarios de los sesenta y setenta y el surgimiento del neoliberalismo y sus políticas afines, y cuyas publicaciones inician en los años ochenta y aún se encuentran en plena producción literaria.

Distintos factores personales de los autores, de criterio editorial u otros incidieron en que la amplia selección tuviera que ser reducida a un muestreo más manejable y de un carácter más atento a las necesidades del público lector y menos a los aportes histórico-literarios. Esa difícil tarea de reducción nos ha dejado con una lista de quince autores, con obras de muy alta calidad, que presentamos a los lectores en esta ocasión. Pero no hemos querido dejar pasar la oportunidad sin incluir las listas completas de autores al pie de esta página o en los anexos bibliográficos que incluyen la producción literaria de los escritores pertenecientes a las generaciones comprendidas dentro del período escogido.



Ahora bien, ¿cuál es, entonces, la realidad que viven estas nuevas generaciones de autores, que las ha llevado a producir ficciones esencialmente distintas a las de la generación anterior? El estado del arte, en lo que se refiere a los medios a disposición de los autores más jóvenes para publicar sus novelas y colecciones de cuento, no es sustancialmente distinto al de hace 20 años. La aparición de Internet ha fomentado el contacto entre los autores y la aparición de una nueva ola de crítica enfocada sobre la nueva producción nacional; sin embargo, esta plataforma no se ha convertido aún en un vehículo usual de publicación y distribución de las obras, más allá de la publicación informal para solicitar una retroalimentación inicial de los lectores –ahí entran a jugar las herramientas del *blog*, las páginas de autor o las páginas virtuales de difusión cultural. La Editorial Costa Rica (ECR) continúa siendo el bastión más importante para la publicación de autores jóvenes, muchas veces respaldados por el Premio Joven Creación de esta casa, y en otras por los Premios de Novela o Cuento o por la simple publicación en su catálogo. Las editoriales universitarias (EUNED, EUCR y EUNA) han también publicado obras de autores jóvenes e inéditos con una producción combinada similar a la de la Editorial Costa Rica. En proporción similar a las publicaciones realizadas por editoriales estatales está la tendencia a la publicación en editoriales privadas de menor tamaño, sea por medios propios o por financiación de la editorial misma; en esta modalidad, destaca el catálogo de Ediciones Perro Azul –en el cual figuran obras de muchos de los autores de estas generaciones–, y algunos proyectos como Tecnociencia o Uruk editores. El punto débil del proceso editorial no es, como se puede ver, la producción misma de la obra publicada, sino, como siempre ha sucedido en nuestro país, la distribución, mercadeo y difusión del producto final, del libro como objeto de arte y de comercio. La limitada difusión, lectura y discusión de las obras ha ido reduciendo paulatinamente las expectativas

del mercado en cuanto a la producción de ficción narrativa y consecuentemente haciendo necesarios tirajes de cada vez menos ejemplares. Este fenómeno ha también repercutido, paradójicamente de manera favorable, en nuestra opinión, en una carencia de directrices comerciales como las que constriñen a los mercados editoriales más fuertes, que limiten u orienten el proceso creativo hacia determinados cauces, algo que resulta evidente en la multiplicidad de enfoques que existe entre las obras de los antologados.

Este vacío de influencias y expectativas ha entonces propiciado muy distintos acercamientos al proceso creativo, lo cual pone en dramático entredicho el concepto de literatura nacional que se esperaría que informe una antología como la que aquí se presenta. Las obras de los autores incluidos carecen de rasgos unificadores que permitan agrupar su conjunto formal o temáticamente, de modo que el calificativo 'costarricense' que utilizamos en la portada termina siendo tan arbitrario como cualquier otro de los que nos valimos para escoger los cuentos aquí reunidos, siendo que costarricense es simplemente la nacionalidad de los autores y no una característica de los textos. El imaginario mismo de los escritores se expande en estas generaciones más allá de los límites inmediatos de la patria y el locus de las narraciones se traslada al exterior, sea reflejando un desplazamiento entre periferia y metrópoli, o simplemente ubicando la narración en sitios urbanos no determinados y rehusando localizar físicamente la acción en sitios reconocibles del territorio nacional. Investidos de la ubicuidad que aporta la vivencia dentro de una cultura global que incluye la televisión satelital, el Internet y la proliferación de productos comerciales o intelectuales provenientes de otros sitios de la aldea global, la narraciones renuncian a habitar Costa Rica y se desplazan, en la mayoría de los casos, hacia afuera de las fronteras nacionales, o hacia el interior del individuo, lejos de lo inmediato del espacio geográfico.

Tenemos entonces que si espacialmente los límites se expanden o desvanecen, la edad de los autores repercute en las narraciones, circunscribiéndolas a la inmediatez temporal, desenvolviéndolas en la época actual, evitando la reinterpretación histórica -que es una tendencia reconocida de las literaturas contemporáneas centroamericanas-, y pasando de largo el problema de la cuestión tradicional de la definición de la identidad costarricense para adentrarse de lleno en el mundo como ciudadanos de lo estrictamente local, la nación del individuo o de la red globalizada e incorpórea donde a diario se lleva a cabo el comercio cultural de una nación nueva que no tiene territorio. Ante la carencia de requerimientos comerciales y bajo el influjo de la oferta inmensa de influencias culturales globales, es de esperar que el tratamiento de los temas no sea uniforme, y quizá en eso radique la verdadera riqueza de la obra de los autores de este período; su capacidad de abarcar una sorprendente amplitud de registros, temas y tonos que asemeja de algún modo a una explosión en un vacío cultural que se expande en todas las direcciones posibles y en completa libertad.

*Historias de nunca acabar* lleva en su título la justificación del trabajo emprendido por los antólogos de todas las generaciones: en el pasado algunos han agrupado y en el futuro otros tantos emprenderán una labor como la que hoy presentamos nosotros, algunos bucearán y analizarán, se sorprenderán y se convencerán de que la escritura de cuento y de narraciones en general -la mayor de las historias sin fin, condenada a repetirse- seguirán reflejando las vivencias o los intentos de fuga o la escisión o la fugacidad de lo que en el mundo y en nuestro territorio ocurre. Otros tomarán los instrumentos de grabación con manos firmes, resistiendo las tormentas virtuales y los cada día más estruendosos tumultos de los televisores y las páginas *web*, de los aparatos de reproducción de música y la alta fidelidad de los videos; así, entre los ruidos



distractores, seguirán registrando los gritos aislados de quienes procuran que sus voces resistan la inclemente parafernalia de la posmodernidad, para presentarlas, ordenarlas, sorprenderse y sorprender.

- [1] La generación de fin de siglo incluye a Alí Víquez Jiménez, Mauricio Ventanas, Alfonso Chacón Rodríguez, Heriberto Rodríguez, Luis Chaves, Mario León Rodríguez, Catalina Murillo, Manuel Marín Oconitrillo, Jessica Clark Cohen, Juan Murillo, Laura Quijano, Marco Castro Rodríguez y Jose Rojas Alfaro.
- [2] La generación del milenio incluye a Camilo Rodríguez, Randall Roque, Laura Fuentes Belgrave, Guillermo Barquero, Alberto Jiménez, Antonio Chamu, Gustavo Adolfo Chaves, Carlos Alvarado Quesada, Jesús Vargas Garita, Warren Ulloa Arguello, Albán Mora, David Eduarte y Johann Schoenfeld.
- [3] La generación del desencanto incluye a Rafael Ángel Herra, Tatiana Lobo, Hugo Rivas (q.e.p.d), Rodolfo Arias, Ana Cristina Rossi, Fernando Contreras, Alexander Obando, Carlos Cortés, Dorelia Barahona, Guillermo Fernández, Uriel Quesada, Rodrigo Soto, Sergio Muñoz, José Ricardo Chaves, Alfredo Aguilar y Vernor Muñoz.
- [4] Álvaro Quesada Soto, *Breve historia de la literatura costarricense*, 1ª edición, San José Costa Rica, Editorial Costa Rica, 2008, pp. 121-144. Véase también: Margaritra Rojas, Flora Ovares. *100 años de literatura costarricense*, 1ª edición, San José Costa Rica, Ediciones Farben, 1995, pp. 207-252.

# ALÍ VÍQUEZ

Alí Víquez (Heredia, 1966). Máster en Literatura Hispanoamericana por la Universidad de Costa Rica (UCR). Profesor e investigador de literatura en la UCR y editor de la Revista Nacional de Cultura en la Universidad Estatal a Distancia (UNED). Ha publicado *A medida que nos vamos conociendo* (cuento, 1990); *A lápiz* (cuento, 1993); *Conspiración para producir el insomnio* (novela, 1998); *Biografías de hombres ilustres* (cuento, 2002); *Las fases de la luna* (varios géneros, 2004). Premio Joven Creación ECR (*A medida que nos vamos conociendo*).

## El francés y otras lenguas

**E**l francés es una lengua estupenda: elegante, precisa, musical, y cuyos mejores tiempos han pasado ya. Por eso estudiarla es un acto de valentía, no siempre bien visto, pues decínos lo que te espera al cabo de años de universidad, dale que dale a quemarte las pestañas con cuanta obra literaria hayan escrito esos franchutes siempre tan propensos a convertirse en clásicos. Un triste profesorado, en el mejor de los casos, luchar con cuarenta adolescentes brutales bien dispuestos a pasarse tu clase por lo más oscuro, o tal vez el franco desempleo y vivir de la caridad, o lo más probable manejar un taxi y conversarles a tus clientes sobre obras literarias, si es que hay alguno dispuesto a escuchar disertaciones inteligentes en vez de asaltarte porque eso de subir extraños al carro a medianoche, hay que estar loco, mae. Pero estas son cosas que muchos ingenuos no tienen en cuenta a los dieciocho años, cuando estás escogiendo carrera y te da por hacerte el romántico con una elección que desprecia el vil metal, y además admirás a Francia con la pasión que lo desconocido despierta o la ignorancia que el prejuicio fomenta, y así estudiaste hasta graduarte, aunque la perspectiva del taxi se iba tornando más fuerte cada año. Súbitamente aparece una beca, un golpe de timón que nadie se espera y aceptás al calor del momento, ahora sos instructor de francés en los Estados Unidos y al mismo tiempo hacés tu posgrado en literatura francesa.

El grupo no está mal, vienen instructores de varias partes del mundo. Primero viste a las chavalas, claro, están las gringas siempre corteses, siempre puntuales, a menudo bonitas y elegantes aunque se pongan un poco gordas, tan dueñas de sí mismas y de su destino en un país que les ha dado todo desde que nacieron, la mayoría hablando el

francés más para practicarlo que por el placer de conversar. Luego están las hispanohablantes, una cubana y dos gallegas que resultan no ser tontas, pese a la cantidad de humor argentino invertido en probar lo contrario, ni mucho menos feas, nada más mirarlas un poco y ya tenés que los senos de Miranda son un verdadero triunfo de la naturaleza, y qué me decís de las piernas de la cubana, Señor Dios Todopoderoso apiádate de nosotros, y en cuanto a Leonor miráله los ojos para que sepás lo que es la dulzura, y esa espalda misteriosa que no podés dejar de ver e imaginarte lo que no ves. Vaya, poniéndonos a considerar a todo el grupo, la conclusión no deja de sorprenderte: ¿qué pasa aquí que no hay feas, qué tienen estas muchachas que a todas se les encuentra su rosa en la cara?

A lo mejor es que apenas has venido y todavía te sentís solo, la novia en Costa Rica te hace faltilla, en fin, no es cosa de dejarse deslumbrar por lo que puede ser una primera impresión, ya les irás viendo defectos, todas los tienen, casi tantos como los varones. Pero no deja de gustarte la perspectiva de llegar a alguna parte con esas compañeras de trabajo que a lo mejor necesitarán divertirse de vez en cuando y entonces vos podés estar completamente dispuesto, no hay muchos maes en el Departamento de Francés, mejor que mejor, solo unos gringos muy indiferentes a la belleza latina, un par de mexicanos que parecen gustarse entre ellos, otro gallego discreto que da la impresión de estar dedicado a la observación de las personas pero no al comentario, y un tipo viejo de Venezuela que no hace más que poner cara de melancólico y consumirse en sus propios pensamientos que cónchale andarán a miles de kilómetros. La mesa está servida, te decís, todo sea por Costa Rica, que viva el pecado y que la virgencita de los Ángeles te ayude a consumarlo. Pero entonces, antes de que ninguno de todos esté realmente acostumbrado a la vida en el país y al nuevo trabajo, dejaron al niño en la puerta.

Nadie supo quién lo trajo, de haberlo sabido se lo hubieran devuelto y ya. Estaba allí puesto al lado de la entrada, la cubana fue la primera en verlo. Lanzó un grito: ella es propensa a las altisonancias y la verdad la ocasión se lo merecía, después de todo, qué hace un bebé de brazos en la puerta de un Departamento de Francés de una universidad tan seria en sus procedimientos. No alcanzó a levantarlo, estaba muy asustada y le dio por repetir ay chica, ay chica, ay chica, entonces Leonor se aproximó y lo tomó en brazos y preguntó dónde estaba la madre, convencida de que aparecería de un momento a otro. Miranda tuvo en cambio desde el principio la poco razonable apreciación de que el niño estaba abandonado y no habría manera de encontrar a la persona a cargo de él. Leonor le replicó que eso no tenía ningún sentido, los bebés no se dejan así como así tirados en los campus universitarios, acaso estaban en tiempos del oscurantismo, acaso no se encontraban todos en el país más rico y poderoso del mundo, cómo podía ocurrir tamaño disparate. Cuídate y no te tengas que tragar tus palabras, sentenció la cubana, a quien en toda circunstancia le gustaba dar un dictamen inapelable, y así fue esta vez, porque por más que buscaron no apareció nadie, ni encontraron una sola pista de lo que podía estar pasando ni de por qué lo habían dejado allí, y se miraron unas a otras, vos las viste mirarse como se miraban cuando creían que nadie las miraba mirarse, no tenían respuestas, y entonces Miranda, que parecía la más niña pero eso era pura impresión porque también sabía resolver cuando hacía falta, dijo yo me lo llevo esta noche, alguien lo tiene que cuidar, ni pensar en que soporte los fríos de esta sala de computadoras, donde vos te quedaste finalmente solo, tarde, hasta la madrugada, pensando y pensando lo que podía llegar a ocurrir, pero sin tener la menor idea, el futuro es un paso que damos a ciegas.

Cosas imprevistas nunca faltan, you know, declaró la cubana, claro que sin ningún mérito ya porque el niño

estaba allí, diferente hubiera sido decirlo antes. Había pasado su primera noche con Miranda, que lo alimentó con una vigorosa tortilla española licuada, procedimiento poco ortodoxo que escandalizó a Leonor, quien pensó que a esa edad la tortilla todavía no se comía, pero Miranda dijo que al niño eso le había gustado, me ha pedido más, y vos te preguntaste cómo habría hecho para pedir más si no hablaba, lo mismo preguntó la cubana con su voz que siempre llenaba toda la sala de las computadoras donde en vano trataban de no oírla los tipos serios del Departamento que deseaban trabajar y trabajar sin interrupciones hasta matarse. Ya sabéis, me lo ha dicho con los ojos, arguyó Miranda, pero Leonor dijo eso le habrá caído mal, y la cubana sentenció entonces estará cagado y recagado ya. Este fue un momento difícil, eran unas chicas todavía muy jóvenes como para que no se sintieran amenazadas ante una perspectiva bien poco limpia, pero como decimos en mi tierra la necesidad tiene cara de perro, pensaste vos. Leonor preguntó si lo habían cambiado durante la noche, Miranda tuvo que confesar que no y tímidamente esbozó la disculpa de que ella no tenía pañales en casa ni coche para ir a comprarlos, y después se envalentonó y dijo coño, en este país si no tienes coche no vales nada. Se miraron como se miraban cuando creían que nadie las miraba mirarse, vos las viste, y eran solo preguntas en ese momento, ni asomo de respuestas, y esta vez la cubana fue la valiente que dijo que con una bufanda suya se las arreglaban por el momento, después buscarían algo más apropiado, pero por ahora nada, a cambiarlo que este niño debe estar lleno de mierda, lo dijo así como si no fuese gran cosa y le sacó el pañal, de súbito toda la sala de computadoras se impregnó del olor más cabrón que te podás imaginar, incluso la cubana se calló por unos momentos, incapaz de hablar, hasta que su beligerancia fue más fuerte y le soltó a Miranda el reproche, atiende, chica: tú sigue dándole tortilla licuada, para que lo mates no solo a él sino a todo el



Departamento de Francés. Se las arregló como pudo, rapidito se encargó de deshacerse de la mierda, el niño arreció a llorar a todo pulmón quizá porque se sentía humillado y eso fue el colmo, la gente en la sala de computadoras, que es un lugar sacrosanto de trabajo entiéndase bien, se molestó con esa falta de delicadeza que se traían las tres chicas con su niño, y una gringa de esas tan serias que hasta moño llevan quiso manifestar su descontento y soltó tremendo merde alors, a lo que la cubana impertérrita replicó of course that's shit, what did you expect, roses or what? Te reíste, aunque se necesitaba valor para reír porque eso significaba aspirar a fondo, y vaya que te arrepentiste de haberlo hecho, riéndote todavía te arrepentías sin poder detenerte, y pensabas así son siempre los arrepentimientos, llegan cuando todavía estamos haciendo las cosas, pero no dejamos de hacerlas.

Más tardito Leonor consoló al niño, lo tomó en brazos y lo hizo callar mirándolo con sus ojos de primavera tibia, color café oscuro pero tan claros como su juventud delicada, y entonces se pensó que lo mejor era que ella lo tuviera esa segunda noche, al fin y al cabo casi estaba durmiéndose en sus brazos. Miranda dijo que el pequeño había pasado bien la primera vez, no se ha despertado ni ha llorado, y Leonor se lo llevó confiada pero a la mañana siguiente la viste con las ojeras más deplorables, hasta le arruinaban los dulces ojos que aquí se acaban de piropear. El niño no solo había estado despierto sino también había berreado como loco, sin que ella hubiera podido dar con la causa, hambre no era ni sed porque lo había alimentado bien, entonces Miranda preguntó si no sería sueño, a lo que la cubana sentenció pero chica tú eres lela, mira que si era sueño se duerme and that's all. Tenían un problema grande esa mañana porque todas daban clases a la misma hora, quién se iba a quedar con el niño, se miraron como se miraban cuando creían que nadie las miraba mirarse, vos las viste, y luego te vieron a vos y al gallego discreto y al venezolano triste y hubo un

tácito pero rotundo no que inundó el ambiente, cero confianza en esos tipos a lo mejor dispuestos a intentarlo pero muy mal preparados, pobres, tan atrasados que andan los hombres siempre. Así que Miranda, que de por sí podía hacer lo que quería con su clase, pues era muy buena y muy imaginativa al planear sus lecciones y sabía interesar a los estudiantes con ayuda claro está de sus atributos físicos nada despreciables, Miranda resolvió llevarlo a su clase, así fuera contra los reglamentos de aquella casa de estudios tan pero tan seria, en ese país donde los reglamentos son una vaina sagrada, ella resolvía romperlos, carácter no le faltaba, y así fue como el pequeño asistió a su primera lección de francés. Sería por la sorpresa o más bien porque los gringos no saben reaccionar a ella, o porque Miranda de veras hacía lo que le daba la gana con sus alumnos, la cosa es que no hubo reclamos, así que la cubana, con quien el niño pasó la noche siguiente, dijo bueno, ahora me lo llevo yo para mi clase, y así lo hizo, y vos pensaste al que no le guste que se lo escriba en la uña.

Se lo fueron turnando con las clases y las noches en casa, la responsabilidad era grande y fatigante, las pobres debían atender estudios y trabajo y encima un bebé muy exigente como todos los bebés, lo que demuestra que Dios hace a los seres humanos egoístas, porque cuando estamos recién hechos, cuando no nos ha influenciado el mundo, solo pensamos en nosotros mismos. La reflexión no era tuya sino del gallego discreto que solía tener sus frases cuando ustedes conversaban. Y fue al gallego a quien se le ocurrió preguntarles un día cuál era el nombre de ese niño, y se miraron las tres como se miraban cuando creían que nadie las miraba mirarse, vos las viste, y no había respuesta, pero se confesaron que era necesario e importante ponerle nombre, y como ya por entonces había dicho su primera frase, en francés por supuesto, decidieron que un nombre francés era lo conveniente, y hasta aquí llegó el acuerdo porque ellas, que tan unidas parecían siempre también eran

seres humanos llenos de pequeños egoísmos y no podían dejar de presentarse las fricciones, cada una abogó por un nombre distinto y no hubo manera de hacerlas moverse del lugar en que querían estar, que se llama Fouasse, dijo una, que Jean-Jacques, que no, que Michel. Total que el niño terminó teniendo tres nombres porque cada cual se empeñó en seguir llamándolo como a ella se le había ocurrido.

Siguieron cuidándolo con minucia, el tiempo les iba enseñando cosas y ellas se dedicaban al bebé, que ya no estaba tan bebé, con gran sacrificio, contra viento y marea, porque las quejas no se habían hecho esperar más en el Departamento de Francés, y el decano de estudios graduados las había hecho pasar a su despacho donde les habló con su estilo gringo cortés y firme como unos ojos azules, I must warn you, the boy doesn't have a medical insurance and that's really bad, young ladies, y la coordinadora de enseñanza de francés como segunda lengua no dejaba de expresar su descontento mientras se paseaba caminando con su trotecito de pato, ce n'est pas normal d'avoir un petit enfant avec nous, y ya la mayoría de los gringos compañeros hacía una mueca al verlas entrar a la sala de computadoras. Había por supuesto unos cuantos gringos comprensivos, de esos que parecen cargar la culpa por tanta cochinidad que han hecho sus gobiernos, pero de ahí a tomar responsabilidades con el niño quedaba mucho trecho, qué va, ellos solo lo toleraban. De por sí (la aguda observación provenía del gallego discreto) que las muchachas ya no estarían dispuestas a compartir al niño con nadie más, ahora les pertenecía. Lo cuidaban casi peleándose, cada noche la responsable del niño lo recibía y formulaba una serie de observaciones sobre lo maltratado que venía, miren nada más, parece que no le diste de comer lo que es bueno para él, pero no importa mon petit Fouasse, viens ici avec maman que ahora sí te van a mimar, y al otro día el niño se iba donde su otra madre, que le decía cómo estás Michel, me echaste de menos, pobrihno, pero ya

estaba allí la del día siguiente, cher Jean-Jacques, y en un santiamén se llamaba Fouasse y de vuelta a Jean-Jacques, no, primero Michel y luego Jean-Jacques, todo daba vueltas, mon Dieu. Pensaste que el niño se volvería loco muy pronto, pero el gallego discreto dijo no, el niño va a estar bien porque aprende muchas lenguas a la vez, y vos le preguntaste y eso qué, te respondió esa es la mejor forma de prepararse para el hecho de que nuestro nombre es legión, lo que te dejó perplejo, sin saber cómo tomarte las cosas que decía ese tipo, aparentemente serio, pero que nunca se sabía cuándo iba a salir con una broma tan oculta que nadie la percibía como tal.

Creció con sus tres madres tan rápido que hubo que conseguirle ingreso a la escuela primaria adjunta a la universidad, ellas supervisaban de cerca su educación, cada cual a su manera y convencida de hacer lo conveniente mientras las demás estaban equivocadas, y Leonor la más dulce se encargaba de motivarle la curiosidad, Miranda la más risueña le quitaba el mal humor inherente a la educación formal, y la cubana sentenciosa le hacía repetir las tablas. Venía un fin de semestre y la verdad es que aunque eran tres no tenían chance suficiente para atender todo lo que debían atender, eso las ponía de bastante mal genio, y vos comenzaste a verlas agriarse cada vez más entre sí, y el gallego cada día menos discreto con vos auguró esto es la guerra nuclear, hostia, tres mujeres bajo el mismo techo.

Según el día de la semana, así se llamaba el muchacho, que ahora andaba bastante crecido pero siempre sin resolver el asunto de su nombre. Los condiscípulos ya se estaban burlando por eso, al fin que tener un nombre diferente según sea martes o jueves, that's fucking crazy man, algunos de sus maestros se quejaban también, de por sí es difícil memorizar los nombres de los alumnos y este tiene tres. Pero no se le veía triste por eso, a lo mejor el gallego había tenido razón con su broma o su sabia